

La constelación paradójica O del eterno retorno del sueño contracultural

Acerca de *Personas en Loop*, de Diedrich Diederichsen¹

Flavia Costa

Hay una parábola que Walter Benjamin le cuenta a Ernst Bloch, y que éste transcribe en su libro *Huellas*, poniéndola en boca de un rabino: “Para que el reino de la paz sea instaurado –dice el rabino–, no es necesario destruir todo y dar comienzo a un mundo enteramente nuevo; basta desplazar sólo un poquito esta taza, o aquel árbol, o esa piedra, y así con todas las cosas”. Benjamin, por su parte, cuando la transcribe, afirma que en el mundo por venir “todo será exactamente como aquí. Donde ahora duerme nuestro chiquillo, allí dormirá también en el otro mundo. Y aquello que nos ponemos en este mundo, lo llevaremos también allá. Todo será como ahora, sólo que un poco diferente”.²

Si hemos de seguir lo que esta parábola nos sugiere, es evidente que no se trata de cambios en las criaturas o cosas en sí (de efectivamente mover un poco el Instituto Goethe y llevarlo hacia Leandro N. Alem, o desplazar un poquito la Casa Rosada hacia San Telmo, o hacia el Río, que quizá no sería una pésima idea), sino sobre todo del sentido y de los límites de las cosas. Y de cómo esas cosas funcionan en el tiempo. Es decir, de cómo algo que hasta ayer era o funcionaba de una manera, puede dejar de funcionar así sin que haya cambiado sustancialmente. Se trata, creo, de cómo se introduce una posibilidad nueva allí donde todo parece igual; cómo entra la diferencia, la novedad, el pequeño desplazamiento en la esfera de lo que no es perfectible sino que es como es, de lo igual a sí mismo. ¿Cómo se piensa un “de otro modo” allí donde –según aparece– todo se ha cumplido definitivamente? Es este, acaso, el tema del *loop*.

Ya volveremos allí. Pero lo primero que quisiera decirles es que lo que he leído en el libro de Diedrich Diederichsen es una mirada que, en un doble sentido, trabaja en la posibilidad de ese pequeño desplazamiento. En principio, estudia el mundo –su mundo es el de la cultura pop y el de una contracultura que él insiste en llamar “de

¹ Este texto, con pequeñas variaciones, fue leído durante la presentación de *Personas en loop*, de Diedrich Diederichsen (Buenos Aires, Interzona, 2005) en el Instituto Goethe, el 2 de diciembre de 2005.

² Cf. la versión que brinda de esta anécdota Giorgio Agamben en *La comunidad que viene* (Valencia, Pre-Textos, 1996).

izquierda”, y esa insistencia es importante—; estudia el mundo, decía, para leer en él esos pequeños desplazamientos, esos pequeños gestos que, en un momento, lo convierten en otro y al instante siguiente quizá ya han sido desactivados y por lo tanto el mundo vuelve a ser el mundo anterior, perfecto pero insoportable. Luego, es la propia mirada de DD la que está un poco desplazada, contiene una leve desviación que le permite ver algo diferente.

Quizá lo más difícil, si volvemos a la parábola que contaba Benjamin, es educar la sensibilidad para captar esa leve diferencia. El libro de DD puede funcionar, en este sentido, como una generosa orientación. Por un lado, está la mirada adiestrada para percibir los objetos en los que contemporáneamente está ocurriendo ese desplazamiento; luego está el gesto —que, al igual que el primero, más que un habla es una escucha— que consiste en propiciarlo, colaborar con él. Tensionar los objetos y las criaturas hasta sus propios límites, sostener la tensión, hincarles el diente.

El libro *Personas en loop* es una muestra de hasta dónde puede llegar una mirada mesiánica, la mirada mesiánica de DD. Lo digo en broma, pero no solamente. La broma es hablar de mundo mesiánico (pero lo hago sólo en el sentido de aquella parábola del rabino). Sin embargo, entiendo que DD está trabajando sobre un eje clave de la experiencia contracultural, que es el de cómo construir un lenguaje que hable de la contracultura sin traicionarla. El lenguaje, sobre todo el lenguaje de la teoría, es muy sospechoso para la contracultura, y con razón. Ya lo decía Artaud: “todo escrito es una cochinado” (*El pesanervios*). O Bataille: “el lenguaje es inadecuado; el lenguaje no puede expresar una noción extremadamente simple, a saber: (que) para el hombre la pérdida sin ninguna compensación es un bien” (*Discusión sobre el pecado*).

El lenguaje (que cristaliza y mata) y la tradición (en tanto conciencia ñoña o cínica del pasado) son los dos grandes peligros para toda contracultura. DD hace teoría e historia de la contracultura en el borde de las posibilidades creativas del lenguaje y de la memoria. En estos diez ensayos inteligentes, por momentos asombrosos, elegidos y traducidos por Cecilia Pavón, traza una reflexión sugerente sobre lo que Julia Kristeva llamaba el porvenir de la revuelta. Para ello emprende un viaje circular por muchos de los temas que hoy ocupan a la crítica cultural, la teoría social y la filosofía. Entre otros, la captura de todo objeto y forma de vida en la forma mercancía, y los desplazamientos que esto provoca. Pone por caso el cisma de las tradiciones turísticas. DD observa, por ejemplo, que hay “un turismo de izquierda y uno de derecha; uno alemán y uno norteamericano; uno hegemónico y otro contrahegemónico”. Advierte que el lugar “turístico” se constituye como proyección ideológica del lugar “de trabajo”, y cuenta de qué modo las políticas de las empresas de trenes europeas contribuyeron vivamente en los 70 a la domesticación-transformación del viaje bohemio inconformista en viaje bohemio de masas.

En “Crítica social electroacústica” lee nuevos cruces entre arte y política. Toma para eso el caso bien particular del músico electrónico, DJ y activista Terre Thaemlitz.

Este es un artículo clave, porque pone entre otras cosas de relieve el problema del acople de las nuevas generaciones al mundo hipercodificado de la cultura en general, y de la contracultura en particular. Sobre todo cuando la historia individual –como sucede muchas veces en el Tercer Mundo y en los enclaves no privilegiados del Primero– tiene que hacer su propia, muchas veces solitaria, exploración para captar y organizar un mundo de significaciones que le vienen como “desde afuera” de su comunidad. El de Terre Thaemlitz es un caso significativo para los argentinos: en los EEUU rockeros, él ha aprendido y desplegado otras reglas. En una entrevista realizada días atrás, DD me comentaba que le interesa especialmente el tema: “Las contraculturas siempre olvidan las discusiones de su pasado, siempre empiezan de nuevo, lo cual es horrible pero contiene también elementos interesantes. Pero sería algo así como un sueño fundar una academia de resistencia avanzada. Muy cómico también. Una versión del Institut für Sozialforschung para el siglo XXI”.

“Hip-hop y techno: el tiempo en la nueva música pop” es, por su parte, un ejemplo de esa crítica cultural que pone los objetos a jugar en su dimensión histórica y los lee sin desactivar su potencia. DD dice, entre muchas otras cosas, que el techno es una pura inmanencia; las secuencias breves y repetitivas suspenden los recuerdos; las citas, si las hay, no se explicitan; mientras que en el hip-hop, el tiempo está presente en múltiples maneras. En éste, el reconocimiento de la fuente es altamente positivo: representa la dimensión de lo colectivo sobre la cual se despliega la historia individual.

En el artículo “Estilos de vida en conflicto” cuestiona la noción de “generación”. Para DD, el de generación es un concepto biopolítico, es decir, de base biológica, vacío de carga ética y política, y solidario de la actual explotación posfordista de la vitalidad. En el capitalismo tardío, se sabe, las personas son deseadas y compradas en el mercado por su sola vitalidad (inclusive por las experiencias íntimas: la explotación de la personalidad y los lazos afectivos de cada quien como “ventaja comparativa”). DD cuestiona esta idea y la pone en contacto con las nociones de “multitud” de Toni Negri, Michael Hardt y Paolo Virno y de “vida desnuda”, de Agamben.

Más adelante, DD diagnostica también el fin de la (falsa) utopía de las identidades flexibles. Aquí toma el caso de Britney Spears, con sus siliconas tempranas, quien ya no representa el mito de autoinvención posmoderna, sino que se revela como la gran heroína neoconservadora: por un lado, reúne todos los estilos musicales no electrónicos en un enchastre *mainstream*. Por otro, encarna las nuevas exigencias de “flexibilización” del mercado en el plano de la cultura pop. La “flexibilidad” en la identidad, analiza DD, es la misma que se le exige a los trabajadores, que pueden hoy ser peluqueros, mañana maestros de escuela y pasado vendedores de libros a domicilio. Una forma de *just in time* (o de *sell on demand*) de la personalidad, que en el caso de Britney Spears obedece a un público hetero-masculino que ya no puede permitirse la doble moral y ahora exige tener a la puta y a la esposa en un mismo cuerpo.

El comienzo del libro dice así: “Progresar es lo contrario de caminar en círculos. Yo crecí con la idea de que progresar era en todos los casos algo bueno”. Con esas dos frases DD presenta su propuesta contra el progreso; presenta la tradición contra la cual va a arremeter con un primer desplazamiento. Del progreso hacia adelante al *loop*, la “repetición mecánica de un fragmento musical en una composición”. En el *loop* no hay caminos rectos y acumulación incesante, sino tangente y viaje sin fin.

Pero el gesto de DD no busca instalarse en un lugar o un momento precisos. La justa conciencia del tiempo, tan dramática en las contraculturas –generalmente asociadas al culto de la juventud, la urgencia ansiosa, la necesidad irrefrenable de que todo sea *ya mismo*-- es quizás uno de los mayores aportes que hace DD a la idea de cómo se puede pensar la contracultura hoy y más allá. A la vez que desmonta la vieja idea de progreso en su versión de la posguerra y del compromiso fordista, y le opone la idea del viaje sin objetivo, donde “la ausencia de meta garantiza la ausencia de pensamiento instrumental”, DD se opone con insistencia a crear y sostener contra-mitos. De allí que no opone simplemente un “progreso que lleva a alguna parte” (que es siempre el retorno a casa, al orden burgués, acompañado por un ascenso o un desbarrancamiento social y espiritual) y un “*loop* que no lleva a ningún lado” como nueva forma-de-vida. Es cierto que ve, en el regreso al hogar que supone todo “progreso”, circularidad y *ritornello*. Y en el *loop*, en el rodeo aparentemente mecánico, una ocasión para lo nuevo. Pero no percibe al *loop* como una nueva religión. En aquella entrevista, DD me decía que “el *loop* no es un modelo mejor o alternativo al viaje. Es simplemente otra cosa. Pienso por ejemplo en la posibilidad de leer el *loop* como negación del principio de consecuencia. Si no hay consecuencias en lo que hacés -como en la mayoría de actividades políticas opositoras de hoy, por lo menos, visto desde la perspectiva de las/ los activistas-, no sólo perdés, también ganás una libertad extraña”. Y agregó: “Otra posibilidad es el *loop* como elemento constante contra el cual todo lo demás aparece como permanentemente variable y a su disposición. Es muy difícil en este caso distinguir entre la descripción, la normatividad de un modelo y una forma del arte. Pero no es un verdadero modelo político. Es la idea vieja de que tipos o estilos de vida funcionan al mismo tiempo como elementos literarios, estéticos y modelos de estrategia política. Pero también está peligrosamente cerca de una estetización de la política”.

Me detendré brevemente en un tema que considero clave: la relación entre mercado y contracultura. En el artículo “Fines del verano contracultural”, DD desmonta el mito del origen virginal de la contracultura, y la ubica como nacida en medio del mercado y bajo el signo de una (necesaria) erótica de la destrucción, de lo bestial y de lo salvaje. “No fue la comercialización la que mató a la contracultura”, dice. Ella fue desde el principio “un concepto intracapitalista que a pesar de esto podía producir ocasionalmente efectos anticapitalistas”. Y añade: “La contracultura colapsó cuando se derrumbaron las condiciones políticas que le servían de marco: un medio de valores burgueses más o menos intacto sobre el que podía ejercerse presión desde afuera ... y que estaba listo para soportar reformas que, por otro lado, también lo favorecían”.

DD vuelve sobre la relación entre contracultura y mercado varias veces a lo largo del libro. Una, hacia el final, donde asegura que “la capacidad del capitalismo de comercializar las ideas no constituye una objeción sólida a éstas o a su verdad política: el mercado no confronta con ellas en el plano del contenido”.

Otra, más inquietante, aparece en el artículo “Personas en *loop* día y noche”. Comenta aquí el caso del colectivo Bernadette Corporation, que ha intentado alumbrar una relación nueva con la mercancía, diferente de la que postulaba la abstención protestante o el rechazo desdeñoso de inspiración adorniana. Ellos, acaso lectores de Bataille (toda la cultura contemporánea, lo sepa o no, es una gran deudora de Bataille), propugnan una relación que “reconoce el hechizo de la mercancía”, y no pretende poder escapar de él a través del desprecio. Se entrega a su seducción y al mismo tiempo la destruye.

¿Cómo funciona esto? “No sé como funciona exactamente la idea de Bernadette Corporation –me ha dicho Diederichsen--, y probablemente es sólo un modo poético o retórico. Pero me fascina como idea. Siempre me ha parecido muy importante en los movimientos políticos de jóvenes la constelación paradójica, pero muy real, según la cual en la mercancía estaría la utopía como sueño invertido, como un futuro mejor presente en el mundo. Y hay que hacerla real no a través de sujetarse a la sociedad que produce estas mercancías ni a sus leyes, sino atacando las mercancías concretas, empíricas. Si se trata de realizar lo que sólo promete la mercancía, es evidente que hay un material utópico más real y brillante que la abstención y el ascetismo”.

El tema de la relación entre contracultura y mercado es un tema todavía muy vigente. De ninguna manera ha pasado de moda ni se ha vuelto “no pertinente”, como a veces se sugiere. Susan Sontag decía que la gente se vuelve cínica aun ante las crisis más horribles si se prolongan durante mucho tiempo. La crisis de la contracultura frente al mercado es histórica, es un problema que está ya presente en la época de las vanguardias de comienzos del siglo XX, como mínimo, y que todavía sigue presente.

DD, a través de esta referencia a Bernadette Corporation, me ha hecho pensar en la distinción que Agamben traza entre “secularización” y “profanación”. Me ha hecho pensar lo siguiente: el mercado opera, con el arte, pero también con las formas-de-vida contraculturales a la manera de lo que Agamben llama una secularización: la secularización “es una forma de remoción que deja intactas las fuerzas, limitándose a desplazarlas de un lugar a otro. Así, la secularización política de conceptos teológicos (la trascendencia de Dios como paradigma del poder soberano) no hace otra cosa que trasladar la monarquía celeste en una monarquía terrenal, pero deja intacto el poder”. Secularización, entonces, es un tipo de desplazamiento que no nos lleva a ningún mundo nuevo: por el contrario, nos devuelve –cual *loop* pesadillesco– al mismo mundo anterior, incluso más reforzado.

En el terreno del arte, el mercado de masas operó una secularización que permitió el pasaje de la institución-arte (con su mito del artista genial y su rito del museo y

la contemplación) al espectáculo de masas, sin alterar un ápice la arquitectura del poder. Hasta aquí, lo conocido. Pero hay más: la secularización que opera el mercado de lo cultural trabaja en dos direcciones al mismo tiempo. Por un lado, desplaza, sin trastornar en lo más mínimo su sentido, los elementos culturales más recalcitrantes del viejo mundo del arte. Por otro lado, y esto es parte de su éxito, tiene la capacidad de captar no sólo objetos sino también gestos y formas-de-vida. Para hacerlo, separa todo gesto y todo objeto de su uso. Separa su valor de uso de su valor de cambio; y en la sociedad del espectáculo –además– le agrega a este último un extra –el valor de exhibición– que dificulta todavía más cualquier uso, cualquier experiencia real con las cosas. Así, mercado y museificación –conversión en museo de ciudades enteras, de regiones, de grupos humanos considerados “en vías de extinción”-- son las dos caras de un mismo proceso que consiste, fundamentalmente, en separar a las personas de la posibilidad del hacer uso de gestos, objetos, formas-de-vida. En especial, de dificultar los usos comunes, colectivos, y los usos “aberrantes”, los usos impensados.

A esta fuerza que, metafóricamente, llamamos aquí secularización, la contracultura le ha opuesto siempre una actitud profanatoria. Profanar es tener, frente a lo sagrado, una actitud negligente, pero conscientemente negligente: no respetar las reglas que establecen la separación rígida entre lo humano y lo divino, lo sagrado y lo profano, lo común y lo propio. Profanar los objetos-mercancía es ser irreverente con las reglas de uso que el mercado propone: alterar sus sistemas de prestigios, sus combinaciones obligatorias, sus fórmulas de “éxito” y de “fracaso” –en particular aquellas consagradas por el aurático círculo de los profanadores profesionales–. El pequeño gesto, el pequeño desplazamiento profanatorio consiste en devolver las mercancías al uso, y al uso común, colectivo; desinvertirlos de la *religio* que obliga a la separación, que condena a todo objeto a no poder ser usado (sino solo consumido como algo que se posee porque se es propietario), es probablemente la tarea política de nuestra *generación*.

Tal como –según cuenta Diedrich Diederichsen-- decía un activista antiglobalización en Génova, 2001: “No queremos otro mundo, queremos éste, y lo queremos destruir”. La tarea política de nuestra *generación*, si algo tiene que decirnos todavía ese vocablo biopolítico, es seguir aprendiendo a hacer esos pequeños, continuos desplazamientos que hacen de éste, un mundo enteramente otro.